

AGENDA CIUDADANA

UN IMPERIO QUE NIEGA SERLO, PERO ACTUA COMO TAL

Lorenzo Meyer

La Contradicción.- El seminario norteamericano Newsweek definió la naturaleza del asunto internacional más importante del inicio del siglo XXI en términos claros: “Los Estados Unidos son ahora un imperio en todo excepto en el nombre. Se trata del primer caso, en la historia, de un imperio que se niega a admitir que lo es” (“Special Edition. Issues 2004”, diciembre 2003-febrero 2004). La implicación de lo afirmado por la popular revista significa, entre otras cosas, que en Estados Unidos ya se asumen como lo que históricamente ha sido desde hace tiempo, un imperio, pero el discurso oficial norteamericano --el que se emite desde su presidencia--, insiste en no reconocerlo. En efecto, Washington define a su país sólo como una democracia, la más importante en la historia mundial --“el único país indispensable”--, pero rechaza que además de democracia sea un imperio. Y la negativa a admitir lo obvio tiene una razón de ser: los valores en que se sostienen democracia e imperio no son enteramente compatibles.

La incompatibilidad entre democracia e imperio no es asunto secundario sino un problema de fondo, pues el concepto actual de democracia política implica la igualdad en derechos, deberes y dignidad de todos los individuos y por extensión de todos los países en que está organizada la comunidad internacional, independientemente del poder de cada uno. Las Naciones Unidas (ONU) dieron forma a su órgano principal, la Asamblea General, justamente con base en el principio democrático. Ahora bien, desde la perspectiva del realismo político --la política del poder--, la esencia de cualquiera nación que tiene las características de imperio es actuar de manera imperialista, es decir, usar en su beneficio la desigualdad y el derecho del más fuerte --que se encubre

como superioridad moral-- para imponer su voluntad e interés sobre cualquier otro, lo que en términos democráticos es reprobable.

En vista de lo anterior, no es posible sostener la existencia de un gran imperio —en este caso Estados Unidos— que no sea imperialista. Lo contrario equivaldría a suponer que es factible, como se dice coloquialmente, conservar el pastel intacto y comerlo a la vez. Sin embargo, lo que hoy pretende Washington es precisamente eso, convencer tanto a su propia ciudadanía como al resto del mundo, que sí bien Estados Unidos tiene ya todas las características de un imperio mundial, ello no significa que su política exterior sea imperialista. Otra manera de plantear la pretensión anterior es que si bien Estados Unidos acepta que dispone de la capacidad para imponerse militarmente sobre cualquier otro actor internacional, sus principios morales democráticos son tan fuertes que es capaz de ejercer un autocontrol sin precedentes en la historia, que le permite ejercer el liderazgo mundial y, a la vez, ser respetuoso de la soberanía del resto de los miembros de la comunidad internacional, incluso los más débiles. Desde luego que cuando se amenaza la seguridad nacional norteamericana, Estados Unidos actúa de manera unilateral y contundente, como lo demuestran los casos recientes de Afganistán e Irak, pero esas acciones, se dice, no deben definirse como imperiales, sino como el ejercicio de un derecho fundamental: el de la legítima defensa.

La Historia de la Justificación.- Desde el inicio de su vida independiente, los líderes norteamericanos declararon que la política que por siglos habían practicado todas las grandes potencias había sido imperialista, pero que Estados Unidos había nacido justamente como una reacción en contra, y que su naturaleza original —aquella enunciada por Benjamín Franklin como “Nosotros luchamos no sólo por nosotros, sino por la humanidad”— se ha mantenido inalterable. La visión dominante en Estados Unidos de su propia historia supone que imperialista fue la política internacional de la

URSS –“El Imperio del Mal”–, la de la Europa Occidental en los últimos cinco siglos y, desde luego, la de todos los grandes imperios históricos, pero que la acción internacional norteamericana ha sido diferente, motivada sólo por la defensa o el altruismo.

Desde la perspectiva norteamericana –esa que ve la mano de Dios en un destino manifiesto del país y cuya explicación es materia más de teología que de ciencia--, el desarrollo de la gran potencia de América del norte ha sido excepcional. Pese a la evidencia en contrario en América Latina, los norteamericanos se consideraron una potencia cuya acción en el exterior no ha estado motivada por algo tan mezquino como los intereses imperialistas. La guerra de conquista contra México de 1846, la adquisición forzada de Filipinas y Puerto Rico como resultado de la guerra con España en 1898, la separación de Panamá de Colombia para construir el canal interoceánico en 1903, la ocupación temporal de Haití, Dominicana o Nicaragua por *marines*, y otros incidentes similares, han sido interpretados por ellos mismos como meros incidentes, excepciones en un comportamiento altruista que no se asemeja en nada al de sus contemporáneos británicos, franceses, alemanes, holandeses, belgas, japoneses o, desde luego, soviéticos, movidos todos ellos por egoísmos nacionales y por el deseo de explotar el trabajo del otro –siempre visto o tratado como inferior-- y apoderarse de sus riquezas naturales.

Quien mejor articuló la posición de Estados Unidos como gran potencia altruista fue Woodrow Wilson, presidente entre 1913 y 1921. Para justificar la tardía participación de su país a la I Guerra mundial –una guerra originada por la cruda lucha entre los imperios europeos– Wilson echó mano de razones básicamente morales. Con sus famosos “catorce puntos” (8 de enero, 1918) intentó transformar la gran carnicería europea en una cruzada para poner fin a todas las guerras y expandir la democracia y autodeterminación. Fue así que Wilson se propuso dar vida a una Liga de las Naciones y acabar con el Imperio Austrohúngaro en nombre de la autodeterminación. Franklin D.

Roosevelt, presidente de Estados Unidos entre 1933 y 1945, echó mano de un razonamiento similar al conducir a su país en la II Guerra Mundial y sentar las bases de la ONU. Quienes siguieron en el mando de la gran potencia del norte de América, adaptaron esa línea de argumentación a las necesidades concretas de su enfrentamiento con soviéticos y chinos durante la Guerra Fría: Estados Unidos no sólo no era un imperio sino la más grande fuerza antiimperialista, la única capaz de detener a Stalin, Mao, *et al.* Las estrechas relaciones de Washington con decenas de dictadores, de los Somoza al Sha de Irán, fueron presentadas como el mal menor necesario para neutralizar al mal mayor: el totalitarismo comunista.

El fin de la Guerra Fría y la desaparición de la URSS implicaron la necesidad de revisar los fundamentos teóricos de la posición norteamericana en el mundo, pero esa revisión tardó en hacerse. Los gobiernos encabezados por George Bush padre y William Clinton, actuaron en un mundo donde Estados Unidos ya no tenía contrapesos pero no se comportaron como si ese fuera el caso. Ambos continuaron echando mano de la fuerza para sus objetivos inmediatos --la invasión de Panamá de 1989-1990 para capturar al presidente Noriega, la expulsión de Irak de Kuwait o la intervención para detener la violencia genocida en la antigua Yugoslavia--, pero sin formular ninguna nueva doctrina global. Sin embargo, ya alguien estaba trabajando en ello.

La Nueva Doctrina.- La base teórica oficial de la política exterior del actual gobierno norteamericano, la que sirvió para acabar con el régimen de Saddam Hussein --el antiguo aliado de Washington en la lucha contra los ayatolas de Irán que luego se salió de control--, se encuentra en el “El Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” (PNSA) del 3 de junio de 1997, obra de una organización de la ultraderecha norteamericana a la que en su momento pertenecían Jeb Bush, el hoy vicepresidente Dick Cheney, el actual secretario de Defensa, Donald Rumsfeld y su subsecretario Paul

Wolfowitz, entre otros. El PNSA partió de un supuesto explícito y verdadero dogma de fe: el liderazgo norteamericano es bueno tanto para Estados Unidos como para el resto del mundo. En consecuencia, Washington tiene la obligación de asumir plenamente las responsabilidades y costos de ese liderazgo, particularmente en el mantenimiento de la paz y seguridad en Europa, Asia y el Medio Oriente. Para ello, se debe aumentar el gasto militar y actuar de manera preventiva con el fin último de “preservar y extender un orden internacional favorable a nuestra seguridad, nuestra prosperidad y nuestros principios”. Y aunque no se diga, si ese no es un proyecto decididamente imperial e imperialista, entonces ya nada lo es.

Antes de llegar a la Casa Blanca, en enero del 2000, Condolezza Rice, la actual consejera de Seguridad Nacional, publicó un ensayo donde acusó al gobierno de Clinton de haber seguido una política externa basada en el “interés humanitario” cuando su obligación era actuar en función del “interés nacional” de su país. La hora de poner en marcha las premisas de la acción exterior norteamericana del PNSA sonó cuando coincidieron George W Bush y sus neoconservadores al frente del gobierno norteamericano con el demencial ataque terrorista de Al Qaeda contra blancos en Nueva York y Washington en septiembre de 2001. A partir de ese momento, el segundo de los Bush se asumió como un “presidente de guerra” (entrevista a NBC, del 9 de febrero, 2004) y puso en marcha el PNSA. Se trata, en cualquier caso, de un presidente que tiene entre manos una guerra de naturaleza mundial, sin plazo ni enemigo definidos. Es en este conflicto global, que el carácter imperial de Estados Unidos se ha mostrado como nunca antes, al punto que simplemente ya no se puede negar ni, menos, ignorar.

En un libro que acaba de publicar el periodista Ron Suskind, basado en la información documental y oral que le dio el ex secretario del Tesoro de Bush Jr., Paul O’Neill, señala que desde antes de que estallara la crisis del 11 de septiembre del 2001, el

presidente y su grupo de ideólogos de derecha ya tenían la intención de invadir Irak y acabar con el régimen de Hussein (*The Price of Loyalty*, Nueva York, Simon & Schuster, 2004). Ligar al dictador iraquí con Al Qaeda y con la posesión de armas de destrucción masiva (ADM) –químicas, biológicas y nucleares-- listas para ser usadas, fue sólo la justificación de un paso decidido desde antes y en función de la gran visión de PNSA de controlar el inestable Medio Oriente y, desde luego, su petróleo.

La Incertidumbre.- Tras la invasión de Irak que llevó a cabo la coalición angloamericana argumentando su derecho al ataque preventivo, el PNSA pareció tener éxito. Pero el nuevo proyecto se sabe poco aceptable en términos éticos y por ello recurre a razones que, ahora, se están demostrando falsas. Las crecientes dificultades que Estados Unidos está encontrando para consolidar su dominio en Irak y el Medio Oriente así como el creciente cuestionamiento desde dentro y fuera sobre las causas de la invasión de Irak –no se ha encontrado ninguna ADM— está poniendo en tela de juicio la esencia del actual neoimperialismo norteamericano. Un buen botón de muestra de este cuestionamiento al planteamiento original de la Casa Blanca, es el estudio publicado en enero por la Carnegie Endowment for International Peace sobre las ADM y titulado: *WMD in Irak. Evidence and Implications.* Su conclusión fundamental es la siguiente: “Los programas iraquíes de ADM representaban una amenaza de largo plazo que no podía ser ignorada. Sin embargo, no significaban ninguna amenaza inmediata para los Estados Unidos, la región o la seguridad global.” (p.47) Ello anula la razón formal que intentó justificar la invasión de Irak bajo la premisa de que el peligro que representaban las armas de Hussein era inmediato y de una magnitud tan grande que, con o sin la autorización de las Naciones Unidas, los angloamericanos tenían que ir a la guerra en defensa de un interés mundial que el mundo se negaba a ver.

Es una pena que no podamos todos participar en las elecciones norteamericanas de este año, pues ahí se va a decidir no sólo si George W. Bush continúa o no al frente de Estados Unidos, sino también si el imperio global norteamericano va a persistir en la línea descrita o si opta por reconocer que los límites de su poder son mayores de lo que suponía. Esta última línea es la que favorecen los liberales norteamericanos, que proponen el ejercicio de un “poder blando”: uno que requiere de la aceptación y cooperación del resto de la comunidad internacional.